

mente en el trato de los vencidos. Paulo Emilio hizo esperar á Perseo la clemencia del Senado (1); vamos á ver cuál era la humanidad de Roma al asistir al triunfo del vencedor (2):

« La pompa triunfal se dividió en tres días. El primero apenas bastó para la conduccion de las estatuas y de los cuadros que provenian del botin. El segundo día viéronse desfilar gran número de carruajes cargados con las armas macedónicas más magníficas; 3.000 hombres llevaban 750 vasos llenos de plata acuñada; otros cráteres de plata, copas de diferentes formas, notables por su tamaño, su peso y sus admirables cinceladuras. El tercer día abrian la marcha las trompetas tocando carga, como si marchasen contra el enemigo; seguian bueyes destinados al sacrificio; detras avanzaban los soldados, llevando oro acuñado en 77 vasos, de los que cada uno contenia tres talentos. Despues iba una copa sagrada, de peso de 10 talentos de oro, incrustada de piedras preciosas, que habia sido hecha por orden de Paulo Emilio; despues los antigónidas, los seléucidas y las otras copas de oro que adornaban la mesa de Perseo. Detras iba el carro del rey cargado con sus armas y su diadema. Despues seguia la multitud de cautivos; entre ellos los hijos de Perseo iban acompañados de sus maestros, que tendian hácia la multitud sus suplicantes manos y enseñaban á sus discípulos á implorar humildemente la piedad del vencedor. Detras de sus hijos marchaba Perseo con su mujer. Por fin aparecia Paulo Emilio montado en un carro, y despues el ejército que cantaba tan pronto canciones satíricas como himnos en honor del triunfador » (3).

El triunfo de Paulo Emilio da una idea de la inmensidad del botin que los Romanos sacaban de los países vencidos y del trato humillante que hacian sufrir á los reyes destronados. Pero no bastó á la venganza de Roma haber arrastrado toda una familia real delante del carro del vencedor; Perseo y sus hijos fueron relegados á la prision Albana. Era ésta una caverna subterránea, estrecha é infecta, á causa de la multitud de criminales que estaban allí

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXX, 23.

(2) LIV., XLV, 8.

(3) IBID., XLV, 39, 40.—PLUTARCH., *P. Emil.*, 32-34.

amontonados. El Rey hubiera acabado sus días en medio de aquellos seres embrutecidos, si Paulo Emilio, indignado, no hubiese dicho á los senadores que si no temian á los hombres debian temer al ménos á Némesis que castiga á los que abusan insolentemente de su victoria. Perseo fué trasladado á una prision más dulce, pero habiendo ofendido á los que le custodiaban, éstos, segun se dice, le hicieron morir de insomnio (1).

La Macedonia fué tratada con una aparente moderacion. Paulo Emilio, dice *Tito Livio*, le dió leyes que parecian hechas, no para enemigos vencidos sino para aliados fieles (2). No hemos de tomar al pié de la letra las palabras del historiador latino. La moderacion del Senado fué la de un vencedor pérfido que prepara la ruina futura de los vencidos. Rompió la unidad de la Macedonia, porque la unidad constituia su fuerza; le dió la libertad á la manera de los Griegos, dividiéndola en cuatro repúblicas federativas, y tuvo cuidado de aislar estas fracciones de la antigua monarquía, por medio de la prohibicion impuesta á los ciudadanos de unirse entre sí. Esto era como la dislocacion de un cuerpo vivo; no quedó á los miembros dispersos más que una sombra de vida; la Macedonia estaba muerta.

N.º 3.—*Los Romanos en Grecia.*

La derrota de Filipo puso á la Grecia á disposicion del Senado y le devolvió la libertad. Flaminio, el vencedor de los Macedonios, proclamó la independencian de los Griegos en los juegos ístmicos. Esta escena es una de las más interesantes de las relaciones de la Grecia y de Roma; para describirla copiaremos las palabras de *Polibio* y de *Plutarco*: « La solemnidad de los juegos atraia ordinariamente una gran multitud; en esta ocasion excitó una curiosidad general, por lo que se esperaba acerca de la suerte reservada á la Grecia y á cada pueblo en particular. Era la preocupacion de todos los espíritus, el asunto de todas las conversaciones.

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXXI, 9.—PLUTARCH., *P. Emil.*, 37.

(2) LIV., XLV, 32.

Es imposible, decían unos, que los Romanos no ocupen ciertas ciudades, ciertas posiciones; otros eran de parecer que dejarían libres las ciudades más célebres, y que retendrían bajo su dominio aquellas que con menos celebridad ofrecían más ventajas; y tanto unas como otras las designaban en seguida los Griegos con su locuacidad habitual. Los espíritus estaban agitados por la incertidumbre, cuando el heraldo que anuncia la apertura de los juegos se adelantó al medio de la arena y exclamó: *El Senado romano y el general T. Quincio, vencedor del rey Filipo y de los Macedonios, devuelven el goce de su libertad, de sus franquicias y de sus leyes á los Corintios, á los Focidios, á los Locrios, á la isla de Eubea, á los Magnetes, á los Tesalónicos, á los Perrhebos y á los Aqueos Phthiotas.* Esta enumeración comprendía todos los pueblos que habían estado bajo la dominación de Filipo. La asamblea estuvo á punto de sucumbir al exceso de alegría. No estaban seguros de haber oído bien; se creían en las vanas ilusiones de un sueño.

»Se llamó de nuevo al heraldo, se le quiso oír segunda vez. Se renovó la proclamación. Entónces la multitud, no pudiendo ya dudar de su felicidad, hizo estallar su alegría por gritos y aplausos tantas veces repetidos, que no dejaban duda de que el bien más querido para ella era la libertad. Se llamaba á Tito el salvador, el defensor de la Grecia; el entusiasmo de la multitud que se precipitaba hácia un solo hombre con objeto de acercarse á él para tocar su mano, para arrojarle coronas, puso casi en peligro su vida. Cuando se cansaron de haber estado gritando hasta la noche delante de su tienda, se retiraron; á todos aquellos amigos ó conciudadanos á quienes encontraban los saludaban, los abrazaban, y despues se fueron unos á casa de otros á brindar juntos. La alegría redobló, se habló de la Grecia y de sus libertadores: *«Había, pues, sobre la tierra, decían los Griegos, una nación que combatía por la libertad de las demás; que, no contenta con prestar este servicio á vecinos más ó menos lejanos, atravesaba los mares para hacer desaparecer del mundo entero toda dominación tiránica, y para establecer en todas partes el imperio absoluto del derecho y de la justicia»* (1).

(1) POLYB., XVIII, 29. — LIV., XXXIII, 32, 33. — PLUTARCH., *Flamin.*, 10, 11.

Montesquieu dice que los Griegos se entregaron á una estúpida alegría y que creyeron ser efectivamente libres, porque los Romanos los declararon tales. El gran historiador tiene razón: la libertad no se da, se conquista y se conserva por la conciencia de la dignidad humana y por la energía moral; hacía mucho tiempo ya que los Griegos habían perdido una y otra. Quedábales, sin embargo, un vivo entusiasmo por aquella libertad, que había sido el objeto de sus constantes aspiraciones, por más que no hubiesen sido nunca capaces de practicarla. La proclamación de la independencia helénica suscita todavía otra cuestión: ¿obrabá de buena fe el Senado? Las apreciaciones históricas tienen en nuestros días una movilidad tan grande como las revoluciones que trastornan la sociedad. Basta que una opinión esté ya acreditada, para que cualquiera la ataque, muchas veces sin más motivo que el de darse una apariencia de originalidad. Creemos que *Juan de Müller* ha tenido razón en censurar la pretensión hipócrita de los Romanos de pasar por los libertadores de los pueblos (1). Que Flaminio y otros filohelenos hayan procedido de buena fe, es posible; no puede ni afirmarse ni negarse; sólo Dios conoce las intenciones de los hombres. Pero la historia puede formar un juicio sobre la política del Senado, y no deberá temer hacerle una injuria, en nuestro sentir, atribuyéndole cálculos interesados más bien que sentimientos generosos. Decir que una aristocracia se ha dejado guiar por predilecciones literarias en la emancipación de la Grecia ó por la generosidad (2), es desmentir la historia toda de Roma. La Grecia estaba más ó menos en la dependencia de la Macedonia; libertarla era consumir la caída de los sucesores de Alejandro. Hé aquí el pensamiento completamente natural que debieron tener los vencedores de Filipo. Por lo demás, el Senado no podía pensar seriamente en devolver á la Grecia su antigua libertad; si lo hubiese creído posible, se hubiera guardado bien de hacerlo, porque esto hubiese sido crearse enemigos, ó por lo menos trabas.

Los Griegos aprovecharon su independencia para desgarrarse

(1) J. VON MÜLLER, *Zweierlei Freiheit* (t. XXIV de sus Obras, edit. in-18).

(2) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. I, p. 697.

en guerras intestinas. Esta era su antigua costumbre; nacieron divididos y murieron divididos. Mientras la Grecia fué fuerte, las hostilidades de sus pequeñas repúblicas interesan al historiador, tanto como las luchas de Roma por el imperio del mundo. Pero hacia largo tiempo que la impotencia habia sustituido á la vida y no quedaba de la nacionalidad helénica más que sus vicios. El espectáculo de esta decadencia inspiraria repugnancia, si no se recordase que es la decrepitud del pueblo más privilegiado de la humanidad. Herederos de su brillante cultura, seríamos ingratos y mereceríamos pasar por bárbaros, si nos complaciésemos en descubrir las debilidades de aquellos á quienes debemos los alimentos de nuestra vida intelectual. Despues de todo, si hay algun culpable en las relaciones entre Griegos y Romanos, es el fuerte y no el débil. Roma habia proclamado la libertad de la Grecia; ésta se creyó libre y quiso usar de su independencia; pero el pueblo rey pensó de otra manera. Despues de la caída de Perseo, los desgraciados Helenos comprendieron, cuando ya era demasiado tarde, cuál era la libertad que habian aceptado con tan loco entusiasmo de manos de los Romanos. El Senado arrancó de su patria á los principales ciudadanos, en número de mil. Acusados de haber sido, sea abiertamente, sea en secreto, partidarios de Perseo, debian ser juzgados en Italia; entre ellos hallábase Polibio. La conducta de Roma con estos desgraciados es un triste ejemplo del abuso de la fuerza. Vino una embajada de los Aqueos á pedir que se los juzgase, á fin de que fuesen castigados los culpables y puestos en libertad los inocentes. El Senado, temiendo que sublevasen las ciudades de Grecia contra los partidarios de Roma, respondió que el interés de los Romanos no permitia la vuelta de los desterrados á su patria. En breve el tiempo arrebató al mayor número de ellos. Entónces los Aqueos renovaron sus pretensiones; no pedian ya justicia, suplicaban, sobre todo en favor de Polibio y de Senecion; el Senado fué implacable (1). Sin embargo, los Griegos no cesaban de suplicar (2), y sus tristes esperanzas aumentaban con la vejez y la muerte de los desterrados. En fin, el

(1) POLYB., XXXI, 8; XXXII, 7, 14 y sig.

(2) IBID., XXXIII, 1, 3 y sig., y c. 2; XXXIII, 13.

amigo de Polibio, Escipion, supo interesar á Caton en favor de los Griegos. La manera con que el Censor defendió este asunto caracteriza bien la dureza romana. Como los senadores estaban divididos, se discutió largo tiempo; entónces Caton se levantó: «Parece, dijo, que no tenemos que hacer más que estar aquí un dia entero, disputando por saber si algunos Griegos decrepitos han de ser enterrados por nuestros sepultureros ó por los de Acaya» (1).

El pequeño número de desterrados (2) que habian sobrevivido á diez y siete años de miseria y de disgustos, volvieron á su patria. Los Aqueos, extraviados por la desesperacion y el patriotismo, tomaron las armas. La derrota de aquellos últimos defensores de la libertad griega era inevitable; llevó consigo la ruina de la capital de la Acaya, ornamento de la Grecia. Mummio tomó á Corinto, vendió el pueblo y quemó la ciudad (3). En el espacio de algunos años los Romanos destruyeron á Cartago, Numancia y Corinto. De todas estas ruinas, las ménos excusables son las de Corinto, aún bajo el punto de vista del derecho de guerra de la antigüedad. Cartago disputó á Roma el imperio del mundo, un ódio á muerte separaba á los dos pueblos, y la moral antigua admitia la legitimidad de la venganza. Numancia humilló el orgullo de las legiones; su deshonor no podia lavarse más que con sangre. Corinto apenas se defendió; se entregó á merced del vencedor. Mummio ordenó aquella obra de destruccion, no en el ardor de la lucha, sino á sangre fría, sin motivo alguno de animosidad. El nombre del destructor de Corinto ha sido entregado á la infamia por los historiadores. Esto es condenar el instrumento, mientras que la responsabilidad del crimen debe recaer sobre el Senado que dió esta bárbara orden. El destino de la primera ciudad comerciante de la Grecia es una sangrienta protesta contra el filohelenismo que tan gratuitamente se atribuye á la aristocracia romana. Era filo-helena, como los bárbaros son ávidos de las ventajas de la civilizacion; pero si hubiese tenido una chispa de ver-

(1) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, c. 9.

(2) De mil quedaban ménos de trescientos. PAUSAN., VII, 10, 12.

(3) FLOB., II, 16.—PAUSAN., VII, 16, 8.—POLYB., XI, 7.

dadero entusiasmo por la Grecia, ¿habría firmado la sentencia de muerte de Corinto? Un historiador moderno, que toma atrevidamente la defensa de la política romana, se pregunta por qué el Senado mandó la destrucción de Corinto, y no halla otra razón que la baja envidia de los comerciantes de Roma (1). Así, pues, los hombres del dinero son los que siembran de ruinas el África y la Grecia! Hé aquí la censura más sangrienta que se ha dirigido contra el nombre romano.

§ IV. — Resultado de la conquista.

Los vencidos civilizaron á sus bárbaros vencedores :

*Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio.*

Más adelante hablaremos de la resistencia que encontró la civilización griega cuando empezó á penetrar en Roma. La oposición fué en vano, pero aquellos Romanos que estaban animados del antiguo espíritu de su patria, persistieron en desdeñar aquellas ciencias y artes que no habían impedido á la Grecia el ser esclavizada. Mario no aprendió las letras griegas; era ridículo, según él, entregarse á estudios enseñados por esclavos y que no habían hecho mejores á sus señores (2). Aún los Romanos que profesaban la mayor admiración hacia la literatura y la filosofía sentían hacia los Helenos una antipatía que quisiéramos poder calificar de injusta. La ligereza innata y la vanidad erudita (3) son las menores censuras que Cicerón les dirige: los acusa de mala fe, dice que no ven en el juramento más que un pasatiempo (4). Los Griegos decían: prestar su testimonio como se presta un servicio en calidad de reintegro (5). Polibio mismo confiesa que sus compatriotas no tenían

(1) MOMMSEN, t. II, p. 48.

(2) PLUTARCH., *Marius*, c. 2.—SALLUST., *Bell. Jug.*, c. 85.

(3) «*Ingenita levitas et erudita vanitas.*» SAN JERÓNIMO cita estas palabras (*Comment. ad Galat.*, I, 3; *Epist. X*, 3).

(4) CICE., *pro Flacco*, c. 4, 5.

(5) IBID., *ad Quint.*, I, 1, 5.

respeto alguno por la fe del juramento; á la desmoralización helénica opone la moralidad romana: «Aquellos á quienes se confían caudales públicos en Grecia, aún cuando no fuera más que un talento, necesitaban diez inspectores, otros tantos sellos, doble número de testigos, y, sin embargo, no puede conseguirse que guarden la fe: entre los Romanos los que manejan inmensas sumas de dinero en las magistraturas ó las embajadas, guardan la fe, ligados tan sólo por lo sagrado del juramento. Entre los Griegos es raro encontrar alguno que no se haya aprovechado de la fortuna pública y que esté limpio de crímenes de este género: entre los Romanos, por el contrario, es raro que alguno sea convicto de peculado» (1).

Estas confesiones de un grave historiador sobre la desmoralización de sus compatriotas son la justificación providencial de la conquista romana. Un pueblo en el que se extingue el sentido moral no merece ya vivir, por brillante que sea su cultura intelectual. Hé aquí una de las lecciones más severas de la Historia. Los Romanos no se aprovecharon de ella. El cuadro que pinta Polibio de sus costumbres no tardó en ser una sátira de los descendientes de los que habían conquistado la Grecia. Así se reprodujo el mismo juicio de Dios; los señores del mundo perdieron la libertad con la moralidad, esperando que llegase el día en que los Bárbaros destruyesen una sociedad que había caído en podredumbre. Se ha acusado á la Grecia de haber corrompido á los Romanos al mismo tiempo que los civilizó. Ya en Roma, decían los partidarios del pasado, que los que conocían mejor las letras griegas eran también los más corrompidos; sentían la invasión del helenismo y declaraban que un Catón valía más que cien Sócrates. Más de un historiador moderno ha repetido esta acusación. Creemos que es extraordinariamente exagerada.

Antes de achacar la desmoralización romana á los Griegos, sería preciso saber si los Romanos tenían verdadera moralidad en la época de sus relaciones con los Griegos. ¿Cuál es la base de las virtudes morales? La familia. ¿Y qué pensaban del matrimonio los hombres de los buenos tiempos antiguos, los Catones á quienes

(1) POLYB., VI, 56, 13-15.